TIRO AL SEGNO

SEBASTIAN BASUALDO



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

–Nos quedamos acá–dice, observando el campo abierto que más allá de nosotros parece desnudarse–. Nunca tiramos de este lado, ¿no es cierto? Dejá tus cosas cerca del bolso–agrega, mientras desenfunda el máuser.

Dejar mis cosas, me digo; recordando las acciones repetidas, viendo el máuser ahora sostenido por el esqueleto de hierro y a él simulando una postura detrás del gatillo; su mano pesada y ancha resolviendo, entre poses, la graduación final de la mira telescópica. El polígono tantos años después.

–Andá...

Si supieras cómo te veía años atrás. Ahora ya no me impresiona el modo en que fumás el cigarrillo sin quitártelo de la boca, ni tu mano pesada sobre mi hombro, ni mucho menos el tono de tu voz imponiéndose con elegancia sobre lo más templado de una garita de seguridad; porque esta vez no hubo ninguna mano pesada y ancha sobre mi hombro ni creo que te hayan recordado los empleados del club. ¿Recordarás cómo te saludaban?

“Buenos días, señor”,

Y entonces él, Francisco Martoy, desplegaba una sonrisa desde lo más alto con un ademán y un guiño de ojo que siempre lograba tranquilizarme. Después decía: “Vengo con mi pibe”. Y la mano se hundía en el bolsillo del jean: primero me daba el dinero para que yo mismo pagara la entrada del club Tiro al Segno y después quería que fuera a comprarme una coca-cola. Ya no pudiste decir: “Con el vuelto comprate una coca-cola, Lautaro”. Crecí, descubrí tu secreto: el gran emperador tenía teorías livianas como un billete y todos los sábados terminaban en el pequeño bolsillo de mi camisa. Una gaseosa para entreterme, por supuesto; porque, como vos parafraseabas: los pibes no duran más de cinco minutos motivados por una idea. Ahora creo comprender: necesitabas una estadía sin molestias, sin pedidos recurrentes de un pibe que se hastía rápido. Como una mujer, sí; las mujeres también se cansan.

–Andá–dice, abriendo el bolso–, fijate si vas apoder tirar cómodo.

–Está bien–digo, sin moverme.

Me mira durante unos segundos. Después abre el bolso: quita el termo, el mate y un paquete pequeño de yerba. Carga el mate, le pone agua y, acercándose a mí, dice:

–Antes de irnos, te voy a dar mi número de teléfono.

Me ofrece un mate, pero lo rechazo; tomarlo significa acceder a una comunión a la que no estoy dispuesto a entregarme. Significa olvidar el motivo por el cual yo había aceptado verlo otra vez. Y se lo digo:

–Mamá dice que ahora yo soy el hombre de la casa.

Finge no escucharme. Toma el mate de una chupada, lo deja sobre la mesa y camina hacia el máuser. Adopta la postura con naturalidad; el dedo roza toda la curvatura del gatillo. El dedo inquieto espera una orden. Si está nervioso es sólo por falta de práctica, pienso. El disparo arranca de raíz el silencio y se lo lleva hacia el otro lado del campo. Al blanco.

–¡Centro!–grita.

Retrocede dos pasos y enciende un cigarrillo.

–Vos lo sabías–digo.

–Es así, las cosas son así, Lautaro. Tirá.

–No quiero.

–¡Tirá que toca!

Apoyo el dedo lentamente. Siento el frío del gatillo. Siempre dice que no se debe respirar.

Disparo.

–¿Qué te pasa, Lautaro?–dice, parándose detrás de mí–Levantá más el hombro. Tranquilo. Retené el aire cuando vas a disparar. Concentrate. Pensá en alguien que odies, pero sin respirar, la clave es no respirar.

–Mamá dice que está más tranquila desde vos no estás en casa.

–Tira, y acordate de lo que te dije.

Disparo. Muy lejos del centro.

–Llega un momento en que uno no tiene ganas de explicar nada –dice, y con un gesto me da a entender que es su turno de disparar.

–¿Por qué nos abandonaste?

Me mira. Un hombre puede envejecer, pero su mirada es siempre la misma.

–No–dice, incorporándose–.Vos me querés preguntar otra cosa. Querés saber por qué no tuve las pelotas para irme antes.

A veces pienso en eso que dijo un día. Era sábado. Estabamos en la cocina. Yo estaba preparando las cosas del mate para venir acá y él estaba planchándose una camisa. Me dijo que ya estaba harto, que en cualquier momento yo iba a ser el hombre de la casa. Lloraba, me acuerdo que lloraba cuando me lo dijo.

–Un día te vi llorar.

–Ahora no quiero hablar de eso, Lautaro.

–Pero yo sí.

–No tiene ningún sentido.

–¿Por qué te fuiste? –pregunto, y siento que aquel cuerpo inmenso ya no reparará en la pose. El dedo busca el gatillo, en silencio. Se absuelve de todo preparativo; busca el filo del gatillo como si no lo pensara. Y el disparo sale confundiéndose con su voz:

–Cuando una mujer que al entrar a su casa lo primero que hace es recordarte que tiene pie plano, te lo está diciendo todo.

–No entiendo.

–Tirás vos ahora, dale.

–No entiendo, ¿qué querés decir? Que mamá...

–Nada. Tirá, Lautaro.

–Explicame. No entendí lo que quisiste decir.

–Tirá, por favor.

–No entiendo.

–¿Qué carajo querés entender? ¿Sabés por qué veníamos todo los sábados? ¿Querés saber por qué cuando llegaba el sábado yo te decía: “Prepará las cosas del mate que nos vamos al Polígono? Lautaro, hijo, así yo me quejara, ella siempre decía lo mismo: “Los sábados son para mí”. Después de oír esa frase ridícula tenía que soportar ver cómo se maquillaba para la gran fiesta. ¿Qué fiesta podía haber un sábado a las diez de la mañana? Puta es la palabra. Dale, tirá.

No hay concentración, no se ve nada. El blanco, a medida que pasan los segundos, se alejaba más. Como la razón de estar escribiendo esto. Ya no hay blanco, y el cuerpo no quiere permanecer quieto, no quiere dejar de respirar. Respiro. No puedo hacer otra cosa. El disparo levanta pasto y motiva un chistido de mi padre. Suelto el máuser y lo miro a los ojos. Durante varios segundos se mantiene en silencio. Finalmente, dice:

–Cometiste una estupidez. Tirá otra vez.

–No.

–¡Tirá otra vez, carajo!

Y el dedo cae sobre el gatillo como cae una última oportunidad delante de su mirada expectante y terca. Mentirosa. No respiro. Pero el disparo sale tan desordenado y brusco, que termina lastimándome el hombro. A lo lejos, como un matiz de desobediencia, un montón de pasto quemado hace rato que cayó muerto sobre la tierra.